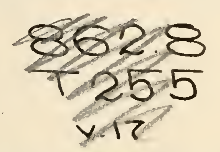


The Library
of the
University of North Carolina



Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies





PQ6217
.T44
vol. 17
no. 1-12

PQ6217
T44

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

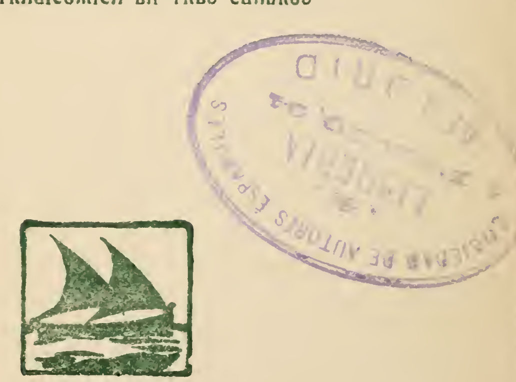
PQ6217
.T44
vol. 17
no. 1-12

4787

SERAFÍN y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

FORTUNATO

HISTORIA TRAGICÓMICA EN TRES CUADROS



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1913

FORTUNATO

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction, réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1912, by S. y J. Álvarez Quintero.

SERAFIN y JOAQUIN
ÁLVAREZ QUINTERO

FORTUNATO

HISTORIA TRAGICÓMICA EN TRES CUADROS

Estrenada en el TEATRO CERVANTES el 30 de Noviembre
de 1912



MADRID
IMPRENTA DE REGINO VELASCO
1913

A LOS INFINITOS HÉROES

ANÓNIMOS

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AMARANTA	Rosario Toscano.
CONSTANZA	Julia Delgado Caro.
MÓNICA	Teodora Moreno.
INÉS	Irene López Heredia.
CONCHITA	Pepita Jiménez.
UNA MODISTILLA	Concha Torres.
UNA BEATA	Amalia Simó.
FORTUNATO	Ricardo Simó-Raso.
DON VICTORIO	Ramón Gatuellas.
ALBERTO	Guillermo de Mancha.
UN CIEGO	Francisco Molinero.
UN SEÑOR VIEJECITO	Ángel Sala.
GORGUERA	Cástor Sapela.
UN MENDIGO COJO	Juan Ramón Ginestal.

FORTUNATO

CUADRO PRIMERO

Despacho elegante y sencillo en la casa de Alberto Hidalgo, joven arquitecto, en Madrid. Una puerta a la derecha del actor y otra a la izquierda. Hacia la derecha la mesa-escritorio. Cerca, en la pared, un almanaque. En un rincón una estufilla eléctrica. Al foro un balcón, a través de cuyos cristales se ve el cielo pálido y limpio de un día de Diciembre. Es por la mañana.

—

Sale por la puerta de la derecha MÓNICA, doncella de la casa, que presume de todo, y más que de nada, de lista. La sigue DON VICTORIO, sablista arrancado de la realidad. Viene con sombrero de jipijapa y un trajecillo de verano, en el peor uso posible, y dando diente con diente de frío. Ahora es andaluz; pero ha sido inglés, cubano y marroquí.

Mónica. Pase usted.

Don Victorio. Gra... grasias, joven. ¡Qué... qué calorsito más agradable se siente aquí!

Mónica. ¡Ah! Pues esto es la *Iberia* si se compara con el gabinete.

Don Victorio. ¿Sí, eh? Pos yévame de la *Iberia,* por tu salú.

667023

Mónica. Vamos.

Don Victorio. ¿En er gabinete está la señorita?

Mónica. Sí, señor.

Don Victorio. Pasándose al género dramático. ¡El ange de esta casa... el ange que ha extendío sobre la mía sus alas protertoras... el ange... el ange...! Un sollozo a tiempo le evita el compromiso de concluir el párrafo.

Mónica. No llore así, señor, y venga conmigo.

Don Victorio. Espera, hijita... espera un momento. Se acerca a la estufilla. Es que casi no me salen las palabras de frío... Tú carcula: en un Madrí... en Disiembre... a cuatro grados... y vestío de papé de fumá... ¡Brrrr! Tirita convulsivamente.

Mónica. ¡Vaya por los catorce apóstoles! Ande usted, no llegue el señorito. Iré yo delante para guiar.

Don Victorio. Vamos, sí; vamos. No porque yo le tema ar señorito... sino porque aquel ange... ¡aquel ange!... ¡aquel ange! Se va con Mónica por la puerta de la izquierda entre ángeles y sollozos patéticos.

A poco sale por la de la derecha ALBERTO, en traje de casa. Trae unos papeles en la mano, que deja en la mesa. Luego se sienta a ella, y escribe.

Alberto. Me pareció que hablaban aquí... Juraría que llamaron y que alguien entró.

Pausa. Llega MÓNICA por donde se fué, y se coloca junto a Alberto, en actitud de esperar órdenes. Alberto levanta la cabeza y la mira.

Mónica. Aquí me tiene usted, señorito.

Alberto. ¿Qué hay?

Mónica. Que aquí me tiene usted.

Alberto. Ya, ya la veo.

Mónica. ¿Qué desea el señorito?

Alberto. Ahora, nada.

Mónica. ¿Nada? ¿Pues no ha llamado usted?

Alberto. No.

Mónica. ¿Cómo que no?

Alberto. Como que no.

Mónica. Santiguándose. ¡Ánimas benditas y el santo de mi nombre! ¡Todavía no conozco los timbres de la casa! Usted dispense, señorito.

Alberto. No hay de qué.

Mónica. Servidora. Va a marcharse, y Alberto la detiene llamándola.

Alberto. Escuche usted.

Mónica. Vamos, no he perdido el tiempo.

Alberto. ¿Quién ha venido ahora?

Mónica. Distingamos, para no *trompezar:* ¿cuándo es ahora?

Alberto. Un poco nervioso. Ahora, mujer, hace un instante; hace cinco minutos.

Mónica. Ah, sí. Pues, era... era un caballero.

Alberto. ¿Un caballero?

Mónica. Quiero decir que no era una señora.

Alberto. ¿De qué señas?

Mónica. Ni alto ni bajo, ni viejo ni joven, ni flaco ni grueso: en una *bicoca:* del montón.

Alberto. En *una bicoca*... del montón...

Mónica. La señora mayor, al recibirlo, le llamó... ¿Cómo. le llamó, Mónica? Yo lo diré. Le llamó... le llamó... Yo lo diré. Le llamó... Una cosa así como don Julián... don Juan... don Beltrán...

Alberto. ¿Acaso... don Victorio?

Mónica. ¡El mismo!

Alberto. ¡Pues sí que se parecen los nombres!

Mónica. He dicho que una cosa así. Ya sé yo que un nombre es agudo y otro *circunflejo.*

Alberto. ¡Está usted aviada! Pero, efectivamente, no es una señora... ¡es un caballero! ¿Y por lo que se entiende, pasó?

Mónica. En el gabinete lo tiene usted con las dos señoras.

Alberto. ¡La ha hecho usted buena!

Mónica. Lo que se me ha mandado, y nada más.

Alberto. ¿Está usted segura?

Mónica. *Segurisma.*

Alberto. Bueno, pues vaya usted con Dios. Y ojo avizor cuando se retire ese... caballero.

Mónica. ¡Faltaría más! Duérmase usted sobre sus laureles. Retírase por la puerta de la derecha, siempre presumiendo. Alberto la mira entre sonriente e indignado.

Alberto. ¡Yo no he visto una mujer más tonta! Por la otra puerta aparece en esto CONSTANZA, su dulce y tierna esposa, con aire graciosamente compasivo. ¿Sabes, Constancita, que esta doncella recomendada de tu madre es más tonta que una mata de habas?

Constanza. ¡La pobre!

Alberto. Y lo peor es que se las echa de lista y ya me ha puesto en más de un compromiso gordo.

Constanza. Discúlpala. No ha servido nunca, y se desvive por adivinar los pensamientos. Luego, tiene los humos de su tía...

Alberto. Que es todavía más tonta que ella, gracias a Dios.

Constanza. ¿Te has enterado de lo que ha hecho?

Alberto. ¿La tía?

Constanza. No, la sobrina.

Alberto. ¡Sí! ¡Meterte en el gabinete a don Victorio! Me ha dicho que tú se lo mandaste.

Constanza. Yo le mandé todo lo contrario, como comprenderás.

Alberto. ¡Naturalmente! ¿Y qué? ¿Viene muy pintoresco?

Constanza. Psch... Con mamá lo he dejado. ¿Te estorbo?

Alberto. En absoluto.

Constanza. ¿No trabajabas?

Alberto. Trabajo material: copio una memoria... ¿Quieres algo?

Constanza. Sí; quería que habláramos un momento.

Alberto. ¡Malo!

Constanza. Sonriéndole. ¿Te figuras de qué?

Alberto. ¿No me lo he de figurar, hija mía? Y eso que no soy tan listo como Mónica. Pero te conozco a ti, conozco a tu madre, que sois dos corazones de azúcar, y conozco bien a ese trapisondista que está en el gabinete.

Constanza. ¡Trapisondista! ¡El pobre! Cuando pide, ¿será por gana de pedir, Alberto?

Alberto. ¿Qué cuento trae hoy?

Constanza. ¡Qué sé yo! Un infierno andando. Ya tú sabes su estilo.

Alberto. Sí.

Constanza. Apenas entró y nos vió se hincó de rodillas.

Alberto. ¡Claro! Y os besaría los pies, y empezaría con las frases sacramentales: «¡Yo no vengo a pedir dinero! ¡Tíreme usted por la escalera si lo pido!»

Constanza. Parece que lo has estado oyendo.

Alberto. ¡Nunca viene a pedir dinero, y siempre se lo lleva!

Constanza. Hay que compadecerlo. Óyeme. ¡Si lo hubieras visto temblar muerto de frío junto a la chimenea!

Alberto. ¡Oh! Es un gran actor.

Constanza. No te burles. Nos ha metido el alma en un puño. Dice que tiene a dos hijos con sarampión; que ha habido un incendio en la casa; que una criada les ha robado no sé qué; que un gato rabioso ha arañado a su hermana; que su padre está con el mal de San Vito; que un cuñado suyo se ha querido tirar por un balcón y se ha saltado un ojo...

Alberto. ¡Basta, basta, que por algo no estoy suscrito a *Los Sucesos!* Sí que la historia encogería el ánimo si fuera verdad.

Constanza. ¿Dudas de que lo sea?

Alberto. Apuesto a que todo ello es pura farsa.

Constanza. No... Yo no digo que no exagere, pero tiene disculpa. La necesidad aprieta tanto... ¡Ay, qué difícil es imaginarse la realidad de tanta miseria cuando se tiene un techo que ampara, y una casa tranquila, y una mesa puesta!...

Alberto. No supongo que me vayas a llamar monstruo de egoísmo.

Constanza. Acercándosele cariñosa. No, tonto. ¿Pues dónde lo hay más generoso que tú? Demasiado das para lo que tenemos.

Alberto. Eso es: demasiado doy; demasiado damos, Constanza. Y si cayera siempre en buena mano y aliviara una verdadera necesidad... ¡Pero si este Madrid es un foco de petardistas! Yo ya me resisto a entregarle un céntimo a quien no conozca de cerca, te soy franco. Mostrándole dos o tres cartas. Mira: todo esto ha venido esta mañana en menos de una hora.

Constanza. ¡Qué horror!

Alberto. Uno que me envía un billete a mitad de precio, y solicita el dinero para la otra mitad, porque quiere marcharse a su tierra, donde asegura que le van a dar un destino.

Constanza. ¡El pobre!

Alberto. Una mujer que pide para comprarle una medicina a una hija suya, que se le muere si no la toma.

Constanza. ¡La pobre!

Alberto. Otro que viene con una suscrición abierta en favor suyo, para costearle una máquina de escribir...

Constanza. ¡El pobre!

Alberto. La encabezan Maura, Echegaray, la Imperio... ¿Tú crees que esto puede ser verdad?

Constanza. No sé, no sé...

Alberto. Y luego, acechándome a la puerta de casa,

una castañera que me pide dinero para un puesto; un cesante que quiere a lo menos unas botas y ropa interior; y unas beatas implorando para unos locos, y unos frailes suplicando para unos cuerdos... Imposible, imposible. No hay dinero que baste, Constanza. Y yo no soy más que un mediano arquitecto que empieza su carrera con fortuna; ¡pero hasta ahora las casas que edifico no son mías! Sin contar con que—tú lo sabes tan bien como yo—la verdadera desgracia es pudorosa generalmente, y no se aviene con ciertas comiquerías en que tan diestro es ese don Victorio que ahora mismo está ahí.

Constanza. Bueno, sí; conformes. Te sobra la razón, Alberto. Y convengo contigo en que debemos ponerle algún remedio a este abuso. Tú eres muy generoso y nosotras demasiado crédulas; pero hoy... ahora... yo quisiera que tú... porque, verdad o mentira, ese infeliz está llorando, ¡y si vieras lo que me cuesta a mí creer en la mentira de las lágrimas!...

Alberto. ¡Inocente!

Constanza. Es que no te he contado lo más grave de lo que le ocurre.

Alberto. De lo que dice que le ocurre.

Constanza. Yo creo que dice la verdad.

Alberto. ¡Es que aunque la diga, Constanza, no tenemos dinero para todos los que llaman a nuestra puerta!

Constanza. Sosiégate.

Alberto. Vamos a ver: ¿qué más le sucede a ese hombre?

Constanza. Que el casero los echa a la calle mañana mismo si no le pagan un sin fin de atrasos.

Alberto. ¡Todo sea por Dios!

Constanza. Y va de casa en casa, recogiendo limosnas... ¡El pobre!

Alberto. Bien, bien; pues anda tú y dale también algo.

Constanza. ¡Qué bueno eres!

Alberto. Pero con una condición.

Constanza. La que tú pongas.

Alberto. Que es la última vez que socorremos a don Victorio.

Constanza. La última.

Alberto. ¡Y que en lo que queda de mes, venga a pedir quien venga, se va con las manos vacías!

Constanza. Te lo juro.

Alberto. Y yo a ti.

Constanza. ¡Pero qué bueno eres!

Alberto. Bromeando. ¡También es fuerte cosa que dependa un poco tu cariño de los sablazos de don Victorio!

Constanza. ¡No; simple!

Alberto. Bueno; punto y aparte. Déjame seguir mi trabajo. Va a irse Constanza, a tiempo que por la puerta de la derecha llega Mónica.

Mónica. Señorito.

Constanza. ¿Eh?

Mónica. He dicho señorito, con o; por lo tanto, no es a la señora a quien busco, sino al señorito.

Constanza. Ya. Se marcha riéndose.

Alberto. ¿Y qué desea usted del señorito?

Mónica. Señorito: yo estoy en todo. Han llamado a la puerta. Si es el señor de ayer, ¿qué recado le doy?

Alberto. ¿El señor de ayer?

Mónica. ¿No recuerda? Aquel que dejó una carta que olía a boquerones.

Alberto. Ah, sí. Pues si es el señor de ayer, dígale que siento en el alma no poder atenderle por el momento; que ya le escribiré.

Mónica. Entendido. ¿Y si es el señor de antes de ayer?

Alberto. ¿El de antes de ayer?

Mónica. Uno gordito, todo él afeitado, con chaleco..

blanco y botones negros, que traía una visita de... de... ¿De dónde era, Mónica? Yo lo diré. De León... de Burgos...

Alberto. ¿De Córdoba?

Mónica. ¡De Córdoba! A mí me iba por la cabeza una catedral.

Alberto. ¡Claro! Bien; pues si viene ese señor de Córdoba...

Mónica. Ya está entendido.

Alberto. No está entendido. ¿Qué ha entendido usted?

Mónica. ¡Que no pase tampoco!

Alberto. ¿Ve usted? Pues es lo contrario, cabalmente. Ese señor puede pasar.

Mónica. Lo suponía.

Alberto. Deteniéndola, cuando va a marcharse. ¿Se ha enterado usted bien de lo que quiero?

Mónica. ¡No creo que sea ningún *arco voltaico!*

Alberto. ¡No!

Mónica. Si es el señor de ayer, que usted le escribirá, y que se vaya; y si es el de antes de ayer, que pase.

Alberto. ¡Ajajá!

Mónica. Pues con su permiso. Se va muy decidida.

Alberto. Levantándose. ¡Vaya con el don Victorio y su familia! Esta mujer mía comulga con ruedas de molino. Y mi suegra no le va en zaga. ¡Qué par de corazones compasivos me han tocado en suerte! Suspirando. ¡Ay ay ay!

Vuelve MÓNICA, y exclama muy resueltamente, anunciando a la persona que llega.

Mónica. ¡El señor de ayer!

Alberto. Sin poder reprimir un movimiento de contrariedad ante el error de la doncella. ¿Cómo? ¿No le dije a usted?...

Se presenta FORTUNATO, cortándole la frase.

Fortunato. Buenos días.

Alberto. Buenos días. *Fortunato es el llamado señor de ayer. A tiro de fusil se ve que no viene a regalar nada. Sus míseras ropas y la triste y resignada expresión de su rostro inspiran a la vez risa y lástima.*

Mónica. ¿Manda usted algo, señorito?

Alberto. *Acercándose a ella y en voz reconcentrada.* ¿Pero no se enteró usted, grandísima tonta, de que al de ayer no quería recibirlo?

Mónica. *Un tanto conmovida.* Sí, señorito, ¡pero es que me ha dado una pena!...

Alberto. ¡Bueno va! ¡Otro corazón humanitario en la casa! ¡Estoy lucido! Puede usted retirarse.

Fortunato. ¿Yo?

Alberto. La doncella.

Mónica. Servidora. Al teléfono llaman, señorito. Yo estoy en todo. Si el que llama es por un casual...

Alberto. ¡Sea quien sea, le contesta usted que me he ido a Aranjuez por espárragos!

Mónica. Muy bien. Así me gusta. *Vase.*

Alberto. *A Fortunato, después de mirarlo con cierta impaciencia.* Usted me dirá.

Fortunato. He podido entender que no pensaba usted recibirme.

Alberto. Tenía entre manos un trabajo de alguna urgencia...

Fortunato. En ese caso, yo volveré otro día.

Alberto. No: ya que está usted aquí...

Fortunato. Muchas gracias.

Alberto. Siéntese usted.

Fortunato. Muchas gracias. *Continúa de pie.* No quiero molestarle...

Alberto. Como usted guste.

Fortunato. Muchas gracias. Le veo a usted violento. Repito que no quiero molestarle... Volveré otro día... *Va a irse y se detiene.* Por más que otro día molestaré tanto como hoy.

Alberto. Lo mejor es que me diga usted ya qué pretende de mí.

Fortunato. Muchas gracias. En primer lugar, le pido a usted perdón por presentarme de esta manera.

Alberto. No hay de qué.

Fortunato. Pero usted comprenderá que si vengo con estos pantalones... es porque no tengo otros que ponerme.

Alberto. Sí.

Fortunato. Y lo mismo digo de la americana y de las botas.

Alberto. Sí, sí; y del sombrero y de la camisa.

Fortunato. A la camisa no puedo hacer la menor alusión. Es usted muy amable.

Alberto. Y usted, por lo visto, trae gana de broma.

Fortunato. ¿De broma yo? No, por cierto. Pero insisto en que si le incomodo...

Alberto. ¡Dale, bola! Acabe usted ya.

Fortunato. Perdóneme. Y oiga. Yo fuí compañero de oficina y amigo de su papá de usted.

Alberto. Lo sé: me lo dice usted en la carta. Recuerdo el apellido.

Fortunato. Me estimaba mucho su papá, que esté en gloria. Es el único título con que puedo dirigirme a usted. Pues bien: hace cuatro años que me dejaron cesante, porque un sobrino segundo del ministro del ramo... ¡y esto clama al cielo!...

Alberto. Excuse toda historia, señor, y dígame en qué puedo servirle. ¿Qué es lo que usted quiere?

Fortunato. Trabajar.

Alberto. Trabajar... ¿Cómo?

Fortunato. Como sea. Yo no soy más que un mísero covachuelista, que tiene buena letra y que sabe un poco de francés y de partida doble; pero en estos cuatro años de martirio he hecho de todo: he llegado hasta subir temblando a un andamio, de peón de albañil, y

sufrir un mareo y caer al suelo y estar a punto de estrellarme. Confieso que me caí de miedo; pero me caí.

Alberto. La falta de costumbre, tal vez.

Fortunato. No, no, señor; simplemente el miedo. Soy el hombre de menos ánimo que usted ha visto. En otra ocasión me colocaron de guarda de una finca de los arrabales, dos veces asaltada por malhechores; y Dios y yo sabemos el terror que a mí me invadía en aquellas noches que no acababan nunca. Pero había que llevar pan a casa. Le cuento esto para que sepa que en el trabajo que solicito lo acepto todo: todo.

Alberto. Bien, pues yo veré... yo pensaré... Hoy por hoy nada puedo ofrecerle; pero yo le prometo estudiar, buscar la manera...

Fortunato. Tómelo con el mayor interés del mundo, y usted disculpe que sea tan ambicioso. ¿Tiene usted hijos?

Alberto. No.

Fortunato. Entonces no puede usted entenderme del todo.

Alberto. ¿Los tiene usted?

Fortunato. Cinco pequeños, sí, señor. Cinco bocas que me piden pan. ¡Pan! Ya ve usted qué palabra tan dulce: ¡pan! Y sin embargo, a mí me golpea en el cerebro como un martillo que me lo destrozara. Pero acaso lo estoy entristeciendo con mis desdichas...

Alberto. No...

Fortunato. ¡Hijos! ¡hijos!... El amor que les tenemos no cabe en la tierra; pero con doble amor no los compensamos aún del dolor de traerlos a la vida para no poderles dar alguna vez ese pan que nos piden. **Se enjuga los ojos.** Perdóneme, señor; perdóneme.

Alberto. Nada; no se aflija. Yo quedo en procurarle a usted algún recurso lo más pronto que esté en mi mano.

Fortunato. ¡Que por Dios sea muy pronto! Mire que

mi mujer ya no sale del sotabanco en que vivimos porque no tiene ropa que ponerse, y que no nos queda ni clavo que vender ni cama en que dormir.

Alberto. Me hago cargo de todo; no necesita apurarme más. Yo veré...

Fortunato. Muchas gracias. Pausa. Lo mira. Y...

Alberto. ¿Qué?

Fortunato. Y... No me atrevo... no sé pedir limosna...

Alberto. Ya le he dicho que vaya confiado.

Fortunato. Es que... ¿No comprende mi situación?...

Alberto. Ah, vamos; ¿algún socorro de presente?

Fortunato. Bajando los ojos. Si usted fuera tan bueno...

Alberto. Con súbita desconfianza. Eso no me es posible.

Fortunato. ¿No?

Alberto. No. Lo siento mucho. Tengo mil atenciones... no soy rico... vivo de mi trabajo.. Otra vez será. Conténtese usted con mis sinceras promesas de buscarle algún medio de vida.

Fortunato. ¿Cómo no?... Muy contento... y muy agradecido... Después de todo... ninguna obligación tiene usted... Si me atreví a insinuar fué porque... ¡Se nos presenta hoy el día tan negro! Pero... no... no... no tema que insista... Gracias... muchas gracias. . ¿Me permite que vuelva dentro de unos días por aquí?

Alberto. Sí, señor; sí. Vuelva dentro de ocho o diez días.

Fortunato. Entre lágrimas que reprime. ¿De ocho o diez días?... Gracias... muchas gracias... ¿ ómo llegaremos allá?... Me voy muy contento... muy agradecido... Dios guarde a usted, señor. Buenos días. Se va por la puerta de la derecha.

Alberto hace un movimiento instintivo como para llamarlo, y se contiene.

Alberto. No. No es cosa de quebrantar tan pronto... Primero me informaré de la verdad. ¡Ay, Dios mío!

¡Pero sospecho que esta vez han pagado justos por pecadores! Pasa MÓNICA de la puerta de la derecha hacia la de la izquierda. Oiga usted, Mónica.

Mónica. Señorito.

Alberto. ¿Quién era al fin el que llamó por teléfono?

Mónica. El señor de Galíndez.

Alberto. ¡Ah! ¿El señor de Galíndez? ¿Y habló usted con él?

Mónica. ¡Pues no!

Alberto. ¿Y qué quería?

Mónica. Nada menos que venir a abonarle al señorito yo no sé qué cuentas.

Alberto. Es cierto. ¿Y qué contestó usted?

Mónica. Las mismitas palabras que usted me dijo: que se había usted ido a Aranjuez *a por* espárragos.

Alberto. ¡Bien! Acariciando el secante con siniestros propósitos. ¡Bien!

Mónica. ¿No era eso?

Alberto. Váyase usted y que yo no la vea.

Mónica. Servidora. Aquí viene la señorita con ese caballero que antes entró.

Alberto. ¡Pues era lo único que me faltaba!

Salen por la puerta de la izquierda, efectivamente, CONSTANZA y DON VICTORIO. Mónica los deja pasar y se retira. Don Victorio viene con las mejillas encendidas y los ojos llenos de lágrimas a darle un remate digno de él a la escena del gabinete.

Constanza. ¿Alberto?

Don Victorio. ¡Ya me voy! ¡No pongas mala cara por tu salú! ¡Tírame un tintero a la cabesa, si quieres; pero yo no me voy de aquí sin besarte las manos!

Alberto. Resistiéndose. Vamos, deje usted...

Don Victorio. ¡Te digo que no me voy sin besártelas! Dice y hace, y el otro se las limpia asqueado y nervioso. ¡Hijo de mi arma! ¡Eres mi hijo, y mi padre, y mi madre, y mi Dios!

Alberto. Bien, bien; ya que ha sacado usted lo que quería, váyase enhorabuena.

Don Victorio. ¡No se enfade usté conmigo, don Arberto! ¡Que no me voy si se enfada usté conmigo! ¡Que no me voy mientras siga usté con esa cara! ¡Sonríase usté o no me voy!

Alberto. Con la sonrisa del conejo. Vaya usted con Dios, don Victorio, vaya usted con Dios.

Don Victorio. ¡Qué mujé tienes, hijo mío!

Alberto. ¡Vaya usted con Dios!

Don Victorio. ¡Qué suegra! ¡Eso no es una suegra: es San Fransisco er Grande!

Alberto. ¿Quiere usted dejarme ya en paz?

Constanza. Sí; que está muy ocupado, don Victorio.

Don Victorio. Perdóname, hijita. ¡Es que me rebosa el agradesimiento! Le besa las manos con efusión.

Alberto. ¡Vamos, hombre!

Don Victorio. Besándoselas de nuevo a él quieras que no quieras. ¡Perdóname, Arbertiyo! ¡Ya sé yo que abuso; ya lo sé! ¡Si yo lo sé primero que nadie! ¡Si sé que abuso! ¡Si lo sé!

Alberto. ¡Sí, señor; y yo también lo sé; y lo sabe mi esposa, y lo sabe San Francisco el Grande! De manera que todo eso está de más.

Don Victorio. No se sofoque usté, don Arberto. Ya me voy. ¡Y conste que no vuervo más a pedi dinero a esta casa!

Alberto. ¡Oh!

Don Victorio. Sin ¡oh! sin ¡oh! ¡Y si vuervo que no me abran la puerta! ¡Que no me la abran!

Alberto. ¡Será usted servido!

Don Victorio. ¡Y si me la abren y pido dinero, que me tiren por las escaleras abajo! ¡Adiós, hijita! Nuevos achuchones en las manos de la señora. ¡Adiós, providensia! Le coge la cabeza a Alberto y le planta un beso en la coronilla.

Alberto. ¡Hombre!

Don Victorio. ¡Si abuso! ¡Si lo sé! ¡Si yo soy er primero que sabe que abusa! ¡Si lo sé! Vase por la puerta de la derecha completamente seguro de que abusa.

Alberto se asoma para verlo marcharse, y le grita.

Alberto. ¡Eh, amigo, no se distraiga usted! ¡Ese paraguas es de casa!

Don Victorio. Dentro. ¡Es verdá! ¡Como que no sé lo que hago, hijito! ¡Voy loco! ¡Voy siego de agradesimiento!

Alberto. ¡Ya, ya! Volviendo a su mesa. ¡Bribón! ¡Farsante! No lo dudarás, después de esta escena que nos ha hecho.

Constanza. Qué sé yo...

Alberto. En cambio he dejado ir sin socorrerlo a un desventurado, que tengo la seguridad de que es un buen hombre.

Constanza. ¿Sí? ¡Vaya por Dios!

Alberto. ¡Cosas de la suerte, hija mía!

Sigue su trabajo. Constanza lo contempla amorosa, y luego, casi maquinalmente, arranca la hoja del almanaque, y lee en ella.

Constanza. «La sociedad es una liga de bribones contra los hombres honrados.—*Leopardi.*

Media humanidad se levanta p r la mañana pensando en engañar a la otra media.—*Anónimo.*»

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Calle en un barrio de Madrid, en la que hay más solares que casas. Hacia la izquierda del actor una taberna.

—

Se oye dentro el violín de un CIEGO, que toca un aire popular, y que lentamente va acercándose.

Por la derecha aparece DON VICTORIO, frotándose las manos muy satisfecho. Entra en la taberna, y un minuto después sale confortado. ¡Cosas del triple anís! Pasea luego una mirada investigadora por la calle, se llega a la esquina de la izquierda y suelta una tos que es una señal convenida. Después se da a silbar jovialmente el airecillo que toca el Ciego.

Llega por la izquierda GORGUERA, pies y manos de don Victorio. Es hombre de gabán y gorra. Al brazo trae la capa de su compañero y maestro, quien apenas lo ve la coge y se la pone.

En este punto cesa la música del Ciego.

Don Victorio. Dios te lo pague, hijito.

Gorguera. ¿Cómo se ha escapao, don Vitorio?

Don Victorio. Echándole el aliento. ¡Copas son triunfos!

Gorguera. ¡Chócala! Eres el primer vivo.

Don Victorio. Soy Moisés: saco agua de las piedras. Sobre que con este frío, este traje y este jipijapa, le encojo yo la barriga ar cabayo de la Plasa Mayó.

Gorguera. Y... *¿combián?*

Don Victorio. *Catre franques.*

Gorguera. ¡Chócala!

Don Victorio. Pa no alarmá pedí quinse reales—porque yo siempre pido cantidades nones;—pero en ninguna casa hay a mano tres reales en cuartos, mientras no vuerve la cosinera de la compra; y con una mijita que fuerse uno er consonante, ya está: se cuelan en las cuatro pesetas.

Gorguera. ¡Chócala, hombre, chócala!

Don Victorio. ¿Y tú, le yevaste la cartita ar pae cura?

Gorguera. Y se la entregué en propia mano, y la leyó sin quitarme ojo. Con la boca abierta se quedó. Que vuelva mañana me ha dicho.

Don Victorio. Como que una carta pa un cura, firmá por otro cura, pidiéndole que socorra a una sobrina enferma... que no tiene cura, y en latín, no la escribe más que este cura. ¡Y eche usté curas! ¡Camina, hijo, camina! Hay que exprimí er cacumen.

Gorguera. ¡Cómo te azmiro, don Vitorio!

Don Victorio. Ea, pos vas a yevá estas otras dos antes que armorsemos. Saca del bolsillo dos cartas diferentes. Esta de luto es pa la viuda.

Gorguera. ¿La de Ribalta?

Don Victorio. La misma. La firma un amigo der difunto: Sinforiano Núñez, le he puesto. ¿Tiene aire, no?

Gorguera. ¡Lo tiene!

Don Victorio. Argo se sacará. Tú comprende que una mujé que ha perdío ar cónyuge hase tres días, lo haya sentío o no, ¡tiene toavía que respetá su memoria! ¿O va a sé también una *firfa* er sagrao del hogá?

Gorguera. ¡Te digo que te azmiro, don Vitorio!

Don Victorio. Y esta otra es pa er *Marchenero Chico.*

Gorguera. ¿El novillero?

Don Victorio. *Chipé.*

Gorguera. ¿Quién la firma?

Don Victorio. Er *Guayabita Chico Chico.* Un peón de lidia. Fíjate en er sobre: Hoté de la Perla. Y dime tú si este hoté sin hache, sin ele y sin asento, no es capaz de hasé un quite ér solo.

Gorguera. ¡Chócala!

Don Victorio. Déjate de más choques, que me vas a estropeá la mano con que escribo estas filigranas. Y ca uno a su avío.

Gorguera. ¿Dónde nos vemos pa armorsá?

Don Victorio. En casa e *La Perica.* Hoy nos damos un festín, Gorguera.

Gorguera. Ya era hora, don Vitorio.

Don Victorio. Anda con Dios.

Gorguera. *¡O revuar!*

Don Victorio. *¡Si vu plé!*

Gorguera. ¡Aire! Se va por la derecha corriendo.

Sale por la izquierda el CIEGO que tocaba el violín, guiado por CONCHITA, una chiquilla que trae al brazo el catrecillo donde él se sienta. Don Victorio los deja pasar por delante de él mirándolos con cierta indignación. Luego exclama:

Don Victorio. ¡Mentira parese que un ayuntamiento, en un Madrí y a las onse e la mañana, tolere esta tropa e sacacuartos por las cayes! Pero, en fin, yo no vi a arreglá er mundo. Echa hacia la izquierda para marcharse, y al llegar frente a la taberna se detiene y dice en su pintoresco francés: ¡Bah! ¡Un *yur* es un *yur!* Tomaremos otra copita. ¡Camina, hijo! Éntrase en el templo de Baco.

El Ciego se sienta a la derecha en el catrecillo. Conchita se queda a su lado, de pie.

Ciego. ¿Quién estaba ahí?

Conchita. ¡El presidente del Congreso, lo menos!

Ciego. Ah, vamos. Temí que fuera de la policía.

Conchita. Al revés.

Ciego. Vas a llegarte al puesto de castañas de la Demetria, a ver si tiene algún recao pa mí.

Conchita. Y a ver si pa mí tiene también algo.

Ciego. No tardes mucho, ¿eh?

Conchita. No pase usté cuidao por eso. ¡Así que el camino es pa entretenerse con los autos! Se va por la izquierda. El Ciego coloca un platillo de hojalata en el suelo, para recibir en el las limosuas, y se pone a tocar el violín nuevamente.

Llega FORTUNATO por la derecha. Su actitud forma contraste con la de don Victorio. Está perplejo, vacilante; no sabe qué partido tomar.

Fortunato. ¡Ay! ¡Otra negativa!... Se me agota la re-

sistencia. ¿Y cómo vuelvo a casa sin nada? ¿A qué puerta llamo, señor? ¿Adónde voy? Pasea ensimismado. El Ciego a poco deja de tocar. Luego se duerme.

Sale de la taberna DON VICTORIO, sonriente y feliz. Al reparar en Fortunato se va derecho a él.

Don Victorio. ¡Caramba!

Fortunato. ¿Eh?

Don Victorio. ¡Fortunato!

Fortunato. ¡Don Victorio!

Don Victorio. ¿Cómo lo pasa usté?

Fortunato. Malamente. Vamos tirando de la vida a remolque.

Don Victorio ¡Está usté mu dergao!

Fortunato. Mis motivos tengo.

Don Victorio. ¿Sigue el estómago dándole a usté guerra?

Fortunato. ¡Ojalá! Mi estómago vive ahora en una paz inverosímil.

Don Victorio. Pos a ese amigo hay que obligarlo a trabajá, o *parma* uno, compadre.

Fortunato. Sí, pero... si no es que él se haya declarado en huelga... es que yo no le encuentro trabajo.

Don Victorio. ¿Continúa usté en la misma ofisina?

Fortunato. ¡Eso quisiera yo!

Don Victorio. ¡Camará! ¡Pos humó hase farta, porque mi-te que aqueyo era húmedo!

Fortunato. ¡Muy húmedo! Pero es mucho más húmedo llevar cuatro años de cesantía. ¡Eso sí que es húmedo!

Don Victorio. ¡Tejoleta! ¿Le limpiaron a usté er comedero?

Fortunato. Como usté lo oye.

Don Victorio. ¡Retejoleta! ¡El único funsionario que ayí arrimaba el hombro y ganaba er suerdo!

Fortunato. Mi suerte.

Don Victorio. ¡Qué retejoleta de suerte! Que este

país está perdío. ¡Aquí er que trabaja es er que se fastidia! Yo me he convensío y me he puesto a la nasión por montera. ¿Y usté, qué hase?

Fortunato. ¡Qué sé yo, amigo don Victorio! De todo intento: desde vender décimos de la lotería hasta fabricar juguetitos de a perra grande. Pero ¡todo con una estrella!...

Don Victorio. ¿Tiene usté mala *pata?*

Fortunato. De palo. El año anterior, empeñando cuanto ya me quedaba, intenté un negocito que acabó de hacerme pedazos.

Don Victorio. ¿Qué negosito fué?

Fortunato. La venta al público del gazpacho andaluz. Don Victorio contiene y disimula la risa. Como mi mujer es de Lora del Río y lo adoba tan bien... Alquilé un puestecito en el Prado a costa de no quiero acordarme cuánto ir y venir... Esto era en Junio: ya apretaba el calor. Bueno: pues el día de la inauguración del puestecito amaneció Madrid a dos bajo cero.

Don Victorio. ¡Compadre! Hay pa desirle a Manolito que baje y tené unas palabras con é.

Fortunato. Hasta empezó a nevar, don Victorio. La gente que pasaba por allí, y leía: «Aquí se vende gazpacho fresco», me quería llevar al juzgado. Mi mujer había hecho dos barreños enormes, y porque no se agriara ni se tirara nos los tomamos en familia. Por poco nos morimos dos o tres. Mejor hubiera sido. ¡Ay!

Don Victorio. Sí que es de palo la *patita* de usté, amigo Fortunato. ¡Que también lo bautisaron a usté con guasa! Pero ese negosito der gazpacho andaluz, que ar pronto hasta me hiso reí, no es ningún desperdisio de la imaginasión. Ese negosito tiene un segundo gorpe.

Fortunato. ¿Sí, eh? Pues se lo va a dar el héroe de Cascorro. Luego, con lo que saqué del traspaso del puesto, establecí, en combinación con un sacristán paisano mío, un humilde comercio.

Don Victorio. ¿De qué?

Fortunato. De exvotos de cera, piernecitas, bracitos, naricitas... y de velas para las tormentas.

Don Victorio. ¡Caramba! ¡Tiene usté una inventiva mu sombría! ¿Y qué susedió con las velas?

Fortunato. ¿Qué había de suceder, dada la estrella mía? Que llovió aquel año menos que cuando sacaron en procesión los restos de San Isidro.

Don Victorio. ¡Y lo peó der caso es que ni las velas ni lo otro se lo podía usté comé con los *chavales!*

Fortunato. A punto estuvimos, no crea usted.

Don Victorio. Esos negosios complicaos con er clima son mu expuestos. ¿De manera que vive usté de milagro?

Fortunato. Efectivamente.

Don Victorio. Y hoy, ¿qué tar pinta er día?

Fortunato. Peor que ninguno: no veo un rayo de luz.

Don Victorio. Pos pa las ocasiones son los amigos. Vi a darle a usté una idea.

Fortunato. ¿Eh?

Don Victorio. Va usté a yegarse aquí a la vuerta, con cuarquier achaque, a casa de don Alberto Hidargo...

Fortunato. ¿El arquitecto?

Don Victorio. Justo. La señora es un pan de mié.

Fortunato. ¡Ay, amigo don Victorio! De allí vengo ahora mismo.

Don Victorio. ¿Y no ha sacao usté na?

Fortunato. Palabras... promesas...

Don Victorio. Eso es porque ha yegao usté pisándome a mí los tacones.

Fortunato. ¿Usted también ha estado?

Don Victorio. Sí, señó; no hase un cuarto de hora.

Fortunato. ¿Y a usted le dieron...?

Don Victorio. ¡Más de lo que pedí!

Fortunato. ¿Ve usted mi suerte?

Don Victorio. Es negra.

Fortunato. Pero, bueno: ¿y usted qué ha hecho, usted qué ha dicho...?

Don Victorio. ¡Uh! Eso no es pa contao. Rogué... gemí... yoré... enseñé los fondiyos rotos... Besé la estera, besé las paredes... ¡Qué sé yo! ¡He dao besos hasta en er techo!

Fortunato. ¡Claro! Y después de tal aparato escénico he llegado yo con mi timidez...

Don Victorio. Miste, Fortunato: lo que es yo, como logre colá en una casa, nunca sargo con las manos vasías. ¿Usté sabe er resurtao que a mí me da er yanto?

Fortunato. Pero ¿usted llora cuando quiere?

Don Victorio. ¡Y como quiero! ¡Desde una lágrima suerta que se me muere en er bigote, hasta una perrera que no hay quien me escuche! Nunca me farta agua caliente.

Fortunato. Pero eso... eso... eso es una farsa.

Don Victorio. *Chipé.*

Fortunato. Y usted, por lo visto, es un... un...

Don Victorio. ¿Un farsante?

Fortunato. Sí, señor.

Don Victorio. Y usté un primo.

Fortunato. Sí, señor. Es decir, no, señor. Yo soy un hombre incapaz de engañar a nadie.

Don Victorio. Un primo, un primo. Como el inglés que quería pescá sin carná en el ansuelo. Un primo. Con esas teorías va usté a *merá* mu pronto. A mí, compadre, cuando no me bastan las lágrimas en una casa, me da hasta er moquiyo; pero yo no me voy sin luz divina. En úrtimo caso saco er Cristo. Er Cristo es este puro. Tres meses tiene de empesao. ¡No apesta na en cuanto le enseño una seriya! ¡Lo ensiendo en una sala, y se tapan las narises hasta los retratos al óleo! ¡Y me dan lo que quiero pa que me largue! ¡Camina, hijo!

Fortunato. Anonadado. Don Victorio... estoy... vamos, es una cosa que... Yo no entiendo... yo no concibo...

Don Victorio. Compadre Fortunato: déjese usté de *filaderfias*. A mí mi sistema me da mucho mejó resurtao que a usté er suyo. La prueba es que yo tos los días armuerso y como y usté tiene ya jaramagos en la barriga. Mi reflersión es esta: ¿me pidieron a mí permiso pa traerme ar mundo? No, señó. ¡Pos ya que me han traío sin la atensión de consurtarme. que me paguen los gastos! ¿Es verdá o no es verdá? ¡Camina, hijo!

Fortunato. Camina...

Don Victorio. Con que, Fortunato: yo soy el amigo de otros tiempos. En casa e *La Perica* voy a armorsá con mi banderiyero de confiansa. Donde comen dos comen tres. Está usté invitao, como er comendadó.

Fortunato. Lo agradezco... pero comer yo y que ayunen mis hijos...

Don Victorio. Pos no hay posá pa tanta gente. Salú.

Fortunato. Vaya usted con Dios... y buen provechito.

Don Victorio. Hasta otra, Fortunato.

Fortunato. Hasta otra, don Victorio.

Don Victorio. Yéndose por la izquierda. ¡Está hecho un siprés este hombre!

Fortunato. ¡Dios mío... qué sinvergüenza! Y estos pillos son los que viven... Ése, ése se ha llevado hoy lo que hubiera sido para mí. ¡Qué injusticia!... Estoy perdido enteramente... ¡Ay! Esto me resuelve del todo: fuera rubores... fuera miedo... Le pido una limosna al primero que pase. Al primero que pase. Mira inquieto a un lado y a otro. A esta modistilla que aquí viene va a ser... A esta va a ser; a esta va a ser... Sale por la izquierda una MODISTILLA. Fortunato la sigue unos instantes sin atreverse a hablarle. Al cabo dice, descubriéndose. Joven... joven...

Modistilla. ¿Es a mí?

Fortunato. Muy turbado. No... sí... a usted es...

Modistilla. ¿Qué se le ofrece?

Fortunato. Pues que... que yo... Gesticula sin poder articular palabra.

Modistilla. ¿Que usted qué? Fortunato sigue lo mismo. ¿Ha perdido usted el habla o está la mañana de queda? Buenos días.

Fortunato. No, no... Oiga, joven...

Modistilla. ¡Vamos!

Fortunato. Hágame el favor...

Modistilla. Usted dirá.

Fortunato. Saliendo por los cerros de Úbeda. La... la... la calle Juan de Mena, ¿hacia dónde cae?

Modistilla. ¿La calle Juan de Mena? Espere usted. Eso está muy lejos de aquí. ¿No es del barrio de Argüelles?

Fortunato. No, no... es del de la Bolsa.

Modistilla. Del de la Bolsa; tiene usted razón.

Fortunato. En el Salón del Prado... Conforme se baja por delante del Museo de Pinturas... la primera es Felipe IV... la segunda Lealtad... y la tercera es Juan de Mena: frente a la de Zorrilla...

Modistilla. ¡Ay, el hombre! Pues si resulta usted un callejero, ¿a qué pregunta nada?

Fortunato. Es que... que quería cerciorarme.

Modistilla. Lo que por lo visto quería usted era palique. Nunca acaba una de aprender. ¡Le parece a usted, el cadete! ¡Vamos, hombre! Se retira por la derecha.

Fortunato se queda como si le hubiera llovido encima.

Fortunato. No... no sirvo... No me obedece la palabra... Me entra un temblor nervioso que... no sirvo... no sirvo...

Aparece por la derecha un SEÑOR VIEJECITO, el cual, al pasar por delante del Ciego, le echa un par de monedas en el platillo. Durante su diálogo con Fortunato sale por la izquierda una BEATA, de velito y devocionario, le deja otra limosna al Ciego y se retira por la derecha.

Viejecito. ¡Ave María Purísima, cómo está Madrid!

Fortunato. Siguiéndolo como un autómata, sombrero en mano. Caballero .. caballero...

Viejecito. ¿Eh?

Fortunato. Yo... usted... una... una... Caballero... ¡una limosna por el amor de Dios!

Viejecito. Pero, hombre, ¡es mucho cuento este! ¡Como se le dé a uno, salen ciento alrededor lo mismo que moscas! Perdone, hermano.

Fortunato. Caballero... que yo... que yo es la primera vez que pido en la calle...

Viejecito. Sí, sí; la primera vez. Perdone, le digo. Porque este infeliz siquiera es ciego, y aquel otro es cojo, y el otro es manco; pero usted, ¿por qué no trabaja?

Fortunato. Porque no encuentro dónde, señor mío.

Viejecito. ¡Bah, bah, bah! Eso dicen todos los vagos. Perdone, perdone, que voy de prisa. ¡Diantre de pordioseros! Vase por la izquierda.

Fortunato. ¡Yo sí que voy de prisa al fin! ¡Ya no puedo más! ¡He llegado al límite del sacrificio! ¡No puedo más! ¡Pero sí, sí puedo: lo que es hoy les llevo pan a mis hijos, aunque sea robando! Echa a andar desatentado hacia la derecha, y al pasar junto al Ciego ve las monedas en el platillo y se queda clavado. ¡Ah! ¡Virgen, qué tentación!... Lucha terriblemente con ella. Y el ciego duerme... y no hay nadie que me pueda ver... Pero ¿y yo... no me veo? No... no... esto no, esto no... Ha sido una idea del diablo... Esto no .. Se aparta del Ciego. En su espíritu se libra tremenda batalla. ¿Y por qué no?... Si no soy yo... si son todos los hombres los que me empujan. Y mis hijos... mis hijos .. Y este será un mendigo falso... Sin duda lo es... Y quien dió la limosna la dió por caridad... Eso es tan mío como de cualquier necesitado... A ello... a ello... ¡Hijos de mi alma!... A ello... Nadie... no viene nadie... Ahora. Coge de un zarpazo las monedas del Ciego y huye de él, oprimiéndolas en la mano cerrada, trémulo y anhelante. Ya... Esto es hecho... Ya... Nadie me ha visto... nadie... Se echa las monedas en un bolsillo del pantalón. El bolsillo está roto, y las mo-

nedas ruedan por la calle, sobresaltando al infeliz. ¡Ánimas benditas! ¡Dios me ampare!... Recogiéndolas atribulado. Una... dos... La otra... Aquí está. No me ha visto nadie... nadie... nadie... Disimulemos... No me ha visto nadie... Se guarda las monedas dominado por una risa nerviosa. He... he... he... Bien... muy bien... He... he... he... Para ser la primera vez que lo hago... no está mal del todo... He... he... he... Bien... muy bien... No me ha visto nadie... nadie...

Ciego. Despertando. ¿Conchita? Fortunato se estremece de pies a cabeza. ¿Conchita? Se agacha para tantear el platillo, y al advertir que está vacío, vuelve a dejarlo. ¡Ay! ¡Malo va el tiempo! Volviendo a llamar a la chiquilla. ¡Conchita! ¡Muchacha! ¿Dónde te has metido?

Fortunato. No... no está por aquí la muchacha, hermano... Está usted solo...

Ciego. Gracias, caballero.

Fortunato. Caballero... ¿Qué, se recoge mucho con la música?

Ciego. No, señor... ¡ca! Para pasar a duras penas. Y gracias a Dios.

Fortunato. Y gracias a Dios...

Ciego. Me contento con volver a casa en estas malas noches del invierno, muerto de frío, pero con algo con que taparle la boca a la gente menuda.

Fortunato. Súbitamente conmovido. Ah, ¿tiene usted hijos, hermano?

Ciego. Tres tengo; sí, señor.

Fortunato. ¡Tres! Cinco tengo yo.

Ciego. A usté le sobrará con qué mantenerlos.

Fortunato. Sí... sí... Buscándose las monedas en el bolsillo. No puedo... no puedo...

Ciego. ¿Qué dice?

Fortunato. Nada... no digo nada... Devolviéndole las monedas. Tome, hermano... Para sus hijos. Suspira como quien se libra de una enorme carga.

Ciego. Dios se lo premie, caballero.

Fortunato. Caballero... sí...

CONCHITA, que ha vuelto entretanto, al observar quién le da limosna a su amo, lo mira atónita.

Ciego. ¿Conchita?

Conchita. Aquí estoy ya. La señora Demetria me ha dicho que pa lo que tiene que decirle a usté que vaya usté allá, porque yo no debo enterarme. ¡Como si ella fuera a saber más que yo de las cosas del mundo!

Ciego. Levantándose. Pues anda: vamos ahora mismo.

Conchita. Vamos.

Ciego. Coge el catrecillo.

Conchita. Ya está.

Ciego. Quede con Dios, hermano.

Fortunato. Él vaya con ustedes.

Ciego. A Conchita, encaminándose con ella hacia la izquierda ¿Quién es, tú?

Conchita. ¡Calle usté, por Dios! ¡Si me he quedao sin habla! ¡Un pelele que tiene más traza de pedir que de dar! ¡Le digo a usté que en estos Madriles hay unas *películas!*... Desaparece con el Ciego, que se aleja tocando el violín.

Fortunato. Con íntima alegría. ¡Ay! ¡Estoy más contento que si llevara las monedas en el bolsillo! Quédase mirando al Ciego, mientras se aleja. Después se encamina hacia la derecha, pensativo, y se detiene un punto.

Por la izquierda asoman un MENDIGO COJO y CONCHITA, cuchicheando. El Mendigo señala a Fortunato y pregunta:

Mendigo. ¿Aquél?

Conchita. Aquél.

Conchita se retira. El Mendigo se acerca por la espalda a Fortunato, y descubriéndose le habla.

Mendigo. Hermano...

Fortunato. Volviéndose inconscientemente, quitándose el sombrero también, y en actitud de pedir de nuevo. Hermano... Uno y otro se contemplan atónitos, sin decir más palabra.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Jardín modestísimo y sin pretensiones de tal jardín, en un hotelito de estos de tente mientras cobro, en las afueras de Madrid. Apenas hay en él dos o tres arbustos y escasas flores. Tapia de ladrillo a lo largo del foro, la cual forma hacia la derecha del actor una ochava. Ante ella, en un pie vertical a manera de caballete, un singular y extraño tablero, todo manchado y agujereado. Un par de sillas toscas. Es por la mañana.

—

Por el primer término de la derecha salen INÉS y FORTUNATO. Inés es una doncellita un poco triste, ya se sabrá por qué.

Nuestro héroe parece bastante fatigado.

Inés. Pase usted por aquí.

Fortunato. Mil gracias, joven. ¡Ay!

Inés. ¿Viene usted cansado?

Fortunato. Casi, casi.

Inés. Siéntese usted.

Fortunato. Este hotelito de Madrid... está más cerca de Guadalajara que de Madrid.

Inés. ¿No ha tomado el tranvía?

Fortunato. No... Iba muy de prisa... Y que me gusta andar... He llegado hasta aquí sin darme cuenta... buscando no sé qué... y sin encontrarlo.

Inés. ¿Y ahora quiere ver a la señora Amaranta?

Fortunato. No sé a quién quiero ver. He leído en la verja: «Se necesita urgentemente un servidor.» Y no he pensado más y he llamado. Aquí está un servidor.

Inés. Pues ese letrero lo ha mandado poner la señora Amaranta. Y también lo ha publicado en los periódicos.

Fortunato. ¿La señora Amaranta es la dueña de este hotelito?

Inés. No, señor. La señora Amaranta está aquí hospedada. La dueña de este hotelito es mi señora, doña Catalina Antonelli. Es una señora muy anciana, que recibe huéspedes, casi todos artistas; casi todos extranjeros; muchos americanos. La señora Amaranta, a quien usted pretende ver, es argentina.

Fortunato. ¿Argentina?

Inés. Voy a avisarla que usted la espera. Se va por la izquierda.

Fortunato. Un millón de gracias. ¡Qué triste parece esta doncellita! ¡Ay! Si al fin querrá Dios... Tengo una esperanza desde que le devolví las limosnas al ciego. Pausa. La doncellita vuelve... Y sola... Y más triste... ¿A que he llegado tarde? ¿A que ha encontrado ya servidor la señora Amaranta?

Sale de nuevo INÉS.

Inés. La señora Amaranta, que haga usted el favor de esperar dos minutos, que ahora viene.

Fortunato. Respirando a todo pulmón. ¡Ay!

Inés. Suspirando a su vez, pero de otra manera. ¡Ay!

Fortunato. ¿Qué le ocurre a usted, jovencita? Y no extrañe usted mi curiosidad... y dispénsela... pero la veo tan melancólica...

Inés. Cosas de la vida, señor.

Fortunato. ¿Tiene usted penas?

Inés. Una sola. ¿Y usted?

Fortunato. Muchas, hija mía. ¡Ay!

Inés. ¡Ay!

Fortunato. ¿Usted sabe para qué quiere a ese servidor la señora Amaranta?

Inés. Ella se lo dirá mejor que yo.

Fortunato. Como no me pida un imposible...

Inés. Pues un imposible no es. Usted será el sustituto del pobre Sabatino.

Fortunato. ¿De Sabatino?

Inés. Sí, señor. ¡Pobre Sabatino!

Fortunato. ¿Pues qué le ha ocurrido a Sabatino? ¿Se ha muerto acaso?

Inés. Se mató.

Fortunato. ¡Cáscaras! ¿Y usted dice que yo vengo a sustituirlo?

Inés. Eso creo.

Fortunato. No me parece mal. ¿Y por qué se mató ese infeliz? Cuidado que yo debo estarle agradecido...

Inés. Se mató... por enamorado.

Fortunato. ¡Anda con esa! ¿De usted?

Inés. No, señor. En mí hubiera encontrado corazón al menos... No soy como otras fieras... ¡Desgraciado Sabatino! Era guapo, era bueno, era noble... Se mató... Es decir... cuentan que se mató. No todo el mundo va creyéndolo...

Fortunato. Demudado. ¡Cáscaras!... ¿Alguna imprudencia, quizás? Las pícaras armas de fuego... A mí un revólver o una escopeta es lo que más nervioso me pone en el mundo. Porque un puñal o una navaja, se están quietecitos; pero un arma de fuego, a lo mejor... El diablo las carga, como usted sabe. Yo tuve un compañero de oficina ..

Inés. Aquí está la señora Amaranta.

Fortunato. ¡Oiga! ¡Sí que tiene buena presencia!

Llega por la izquierda la señora AMARANTA, en efecto. Es interesante y es bella. Tiene los cabellos cortos y rizados, y viste a la inglesa, con camisa y corbata de hombre y un traje femenino de los llamados de sastre. Calza zapatitos de cuero rojo y botines blancos. Sus ademanes son resueltos, pero femeniles y graciosos; su habla es dulce y vehemente a la vez; su acento argentino.

Amaranta. Felices días, señor. ¿Cómo le va?

Fortunato. Bien; gracias, señora. ¿Y usted buena?

Amaranta. Buena; mil gracias.

Fortunato. ¿Y su familia, también buena?

Amaranta. Toda mi familia soy yo, señor.

Fortunato. Pues... celebro ver tan buena a toda la familia...

Amaranta. Inés, retírese un momento. Esté al cuidado no más por si la necesito, ¿no? Como ha salido William...

Inés. Sí, señora. Se aleja por la izquierda.

Amaranta. A Fortunato. ¿No quiere sentarse, señor?

Fortunato. Estoy bien, muchas gracias.

Amaranta. Siéntese, sí. Hemos de hablar un poco, si viene usted llamado por el anuncio.

Fortunato. Por el anuncio vengo, sí, señora.

Amaranta. Pues siéntese no más.

Fortunato. Con permiso.

Amaranta. Necesito con toda urgencia un servidor.

Fortunato. Servidor.

Amaranta. ¡Con toda urgencia! Y he de recompensarlo largamente, por lo crítico de las circunstancias en que me hallo.

Fortunato. Gozoso. ¡Ay, señora Amaranta! Con sus palabras me da usted la vida. Cuanto usted me mande haré yo. He llegado a su casa por azar, en un camino de desesperación y de desaliento, en busca de pan para mis hijos... Dios, sin duda, me ha guiado aquí, y me ha puesto delante de usted.

Amaranta. No se aflija usted por esto, señor.

Fortunato. No es aflicción, señora; es que la alegría también conmueve. Por llevarles hoy pan a mis hijos, este pan que al cabo he de ganarme al servicio de usted, hubiera yo arrancado piedras con los dientes: figúrese si me da motivo de alegría para llorar y para reír.

Amaranta. ¿Tiene muchos hijitos?

Fortunato. Cinco, señora.

Amaranta. ¿Y está usted muy necesitado?

Fortunato. Imagínelo, por mi pelaje.

Amaranta. Ya, ya se ve. Materialmente sin *un cobre*.

Fortunato. Sin *un cobre*.

Amaranta. *Fundido,* que decimos allá.

Fortunato. *Fundido* es poco: hecho éter. ¡Je! Primera vez que río esta mañana.

Amaranta. Todo se remediará muy pronto. ¿Es usted artista?

Fortunato. No, no, señora... Es decir, que yo sepa. Pero, si fuera menester... Soy un desventurado cesante hace ya cuatro años.

Amaranta. ¿Cuatro años lleva sin empleo? ¡Pobrete!

Fortunato. Sin empleo... y casi sin comer. No sé, señora, cómo vivimos a estas fechas los míos y yo. ¿Usted sí es artista?

Amaranta. Pero ¿usted no me conoce?

Fortunato. Sí... sí... tengo una idea... sí...

Amaranta. ¡Amaranta la Triunfadora!

Fortunato. A cien leguas de conocerla. ¡Ah, sí! ¡Amaranta! Ya decía yo: esa cara.. esa voz... esa... ese... ¡Amaranta!...

Amaranta. Sí, señor, soy artista. Tengo ese grande orgullo. Y artista triunfadora. Por eso se me envidia y se me combate. Y vengo de raza de artistas. Mi familia entera ha muerto por el arte, señor.

Fortunato. ¿Sí, eh?

Amaranta. Mi papá, cruzando el inmenso Niágara sobre un alambre, resbaló y cayó, y en las atronadoras aguas encontró sepultura. Muerte bella, ¿no?

Fortunato. Ligeramente inquieto. Sí... muerte bella...

Amaranta. Mi hermanito Aníbal, hermoso ejemplar masculino, lindo de alma y de cuerpo, fué destrozado por sus panteras. A Fortunato se le escapa un silbido, de susto, y echa la vista en torno. Arístides, el Benjamín, pereció en la urna.

Fortunato. ¿En qué urna?

Amaranta. En la de sus pruebas de ayuno. Pasaba quince días sin comer en la urna, y una vez le faltó resistencia y sucumbió.

Fortunato. Ese arte no me sorprende tanto. Salvando la urna, está un poco más en mis costumbres. ¡Je!

Amaranta. No sea zonzo. Mamá tenía la misma profesión que yo.

Fortunato. ¿Ah, sí? ¿La misma profesión que usted? Muy interesado. ¿Y cómo murió la mamá? ¿También en el ejercicio de su arte?

Amaranta. No, señor, no. Mamá murió de muerte natural. Y muy *viejita.*

Fortunato. Tranquilizándose un momento. ¡Vamos! Pues... bien: usted me dirá en qué han de consistir mis servicios, no sea cosa que yo no sepa...

Amaranta. Cállese, por Dios; no diga *pavadas*. Si un *chiquilín* puede servirme.

Fortunato. Ah, ¿puede servirla un *chiquilín?* Eso me anima, mire usted.

Amaranta. Ahora no más haremos algunos ensayos para probar su temple.

Fortunato. Yo tengo buena letra, sé partida doble, sé también algo de francés...

Amaranta. ¡No sea zonzo, le digo! No me quiera embromar. Espere. Discúlpeme un instante, ¿no? Se va por la izquierda.

Fortunato. Me parece que es ella la que me quiere embromar a mí... Escamadísimo. ¿Qué será esta mujer? No me he atrevido a preguntárselo... Pero para pasar por un alambre que no cuente conmigo... Digo... ¡qué remedio! Haré lo que haga falta... Si puedo, claro es. Tampoco me haría mucha gracia que hubiera fierecitas en el ajo... Yo, que soy una liebre... ¡Ay, Dios del cielo, cómo me apuras hasta el último instante!

Vuelve AMARANTA seguida de INÉS. Amaranta trae una escopeta de salón o un rifle. Fortunato, al ver el arma, no puede reprimir un estremecimiento. Amaranta le sonríe muy afable. Mientras examina el tablero, Fortunato interroga a Inés en voz baja, más muerto que vivo.

Fortunato. Pero, esta señora, ¿qué es? ¿Quiere usted decírmelo?

Inés. ¿Todavía no lo sabe, señor? Tiradora.

Fortunato. ¡Tiradora! Silba de nuevo.

Amaranta. ¿Vamos?

Fortunato. ¿Eh?

Amaranta. ¿Vamos?

Fortunato. ¿Adónde vamos?

Amaranta. Al blanco: ahí.

Fortunato. Perplejo. Al blanco... ahí...

Amaranta. Venga. Lo conduce delante del tablero. No requiere sino mucha serenidad.

Fortunato. Mucha serenidad. Inés lo mira compasivamente.

Amaranta. ¡Sangre fría!

Fortunato. ¿Fría? La mía está helada.

Amaranta. ¿Qué dice? Saca de su bolsillo una fosforera y le ofrece una cerilla encendida. Tome.

Fortunato. Gracias, yo no fumo.

Amaranta. Déjese de bromear. Se aparta de él. Extienda el brazo ahora. Fortunato extiende el izquierdo, en cuya mano no tiene la cerilla. El otro, señor.

Fortunato. Obedeciéndola maquinalmente. ¿Pero qué va usted a hacer, señora?

Amaranta. Disponiéndose a tirar. Apagar la luz de un balazo.

Fortunato. ¡No! La apaga él de un soplo. Ya está.

Amaranta. ¿Cómo? ¿Qué es eso? ¿Le da miedo?

Fortunato. No... no... miedo, no... No ha sido miedo, no... Ha sido... ha sido que... Y puede que haya sido miedo.

Amaranta. Altiva. Me ofende ese miedo de usted, señor mío. Le hago todavía la merced de concederle que usted no conoce mi arte.

Fortunato. No, señora... La verdad es que no lo conozco... no tengo ese gusto. Usted perdone.

Amaranta. Pues mire, para que lo conozca; para que con nadie confunda a la tiradora sin rival. ¿Tiene usted buena vista?

Fortunato. Excelente.

Amaranta. Señalando hacia la derecha a lo lejos. ¿Ve aquella *florcita* leve en la rama del árbol?

Fortunato. Sí, señora.

Amaranta. Cuatro hojas tiene, ¿no?

Fortunato. Cuatro.

Amaranta. Vcy a quitarle una. Más pronto que lo dice apunta, dispara y hace blanco, con gran asombro de Fortunato, que silba otra vez. ¿Qué me cuenta?

Fortunato. Nada, señora... Estoy sin habla.

Amaranta. ¿Habrá perdido todo miedo, no?

Fortunato. Contestándole con un ruido extraño. He...

Amaranta. Pues vamos allá.

Fortunato. Pero... bueno... y usted me dispense la observación... A mí se me ocurre que esto del fósforo bien podría usted hacerlo colocándolo en el corchito de una botellita... ¿no?

Amaranta. ¿Y entonces, qué valor tendría el apagarlo?

Fortunato. ¡El mismo, señora! ¿No?

Amaranta. Vamos, señor, no diga *zonceras*. ¿Y el riesgo? ¿Y el encanto del peligro? ¿el incentivo del peligro? Quítele usted esa gala al trabajo, ¿y qué queda? Apagar un fósforo puesto en una botella, es cosa trivial e indiferente. Apagarlo en la mano o en la cabeza de un hombre, que puede morir si la tiradora vacila, ése es el triunfo, ése es el imán para los públicos, ésa es la llamarada.

Fortunato. La llamarada...

Amaranta. ¿Qué hubiera valido mi papá, cuál sería su gloria, si en lugar de cruzar sobre un alambre el Niágara grandioso y ensordecedor, hubiera cruzado sobre un arroyuelo mezquino? ¡Qué diferencia! ¿No?

Fortunato. La... diferencia de morirse a bañarse. ¡Je! Se ríe, y repentinamente se pone serio.

Amaranta. Los antiguos aeronautas, estos mismos valerosos e intrépidos aviadores del día, no serían héroes ni grandes si no se lanzaran al espacio con la tremenda asechanza de la muerte. En el mismo amor, en sus más graves aventuras, es el peligro, la fascinación y la belleza. Usted, señor, seguramente habrá amado en su juventud a una mujer hermosa que tendría otro dueño, ¿no es cierto?

Fortunato. Ahora no lo recuerdo bien...

Amaranta. ¿Y aquella mujer no le seducía con mayor atracción que ninguna, por lo mismo que si su dueño la encontraba en brazos de usted podía partirle el corazón?

Fortunato. No, no... francamente; no me ha dado nunca por buscarle tres pies al gato... Yo no he salido de... de .. Vamos, mi esfera ha sido más tranquila... ¡Je!

Amaranta. En fin, señor, volvamos a la prueba. Tome otra vez. Le da otro fósforo encendido, que Fortunato coge temblando. Al blanco ahora. Extienda el brazo, como antes. Fortunato tiembla de tal manera que hace imposible el tiro. ¡Oh! ¡Qué temblor más risible! ¿No comprende que asi le pasaré la mano?

Fortunato. Huyendo del tablero. Lo que comprendo, señora Amaranta, es que este empeño es superior a mi voluntad... a mis nervios... a todo yo... No puedo... no puedo... ¡Me declaro vencido!

Amaranta. Colérica. ¡Es inútil que disimule, señor! ¡Ya veo claro lo que le sucede! ¡Usted ha venido hasta mí ignorando que yo era Amaranta la Triunfadora, y al oír mi nombre le ha principiado a zumbar en la cabeza la calumnia con que mis enemigos quieren desprestigiarme!

Fortunato. No, señora; yo no sé nada de eso... Palabra de honor.

Amaranta. *¡Farfola,* señor mío!

Fortunato. *¿Farfola?*

Amaranta. *¡Farfola!* ¡Usted lo sabe! ¡En Madrid entero se habla de ello! ¡Se ha inventado que al imbécil de Sabatino, mi ayudante, lo he matado yo al hacer un tiro difícil!

Fortunato. Ah... ¿se ha inventado eso? Se miran la doncella y él. Inés está muy desasosegada.

Amaranta. Y el *cachafaz* de Sabatino, Sabatino el loco, Sabatino el borracho, se enamoró neciamente de mí, y yo lo rechacé con dignidad, y él se quitó su vida por despecho, o porque le dió el humor de quitársela. ¿A mí, qué? ¡Al cabo se quitó cosa que valía bien poco! Pero eso se dice, eso se miente: que murió de una bala de mi escopeta. Anoche lo noté ya en la hostilidad de mi público. De algunas provincias me devuelven contratos por igual causa. ¡Esto me hunde, esto me desprestigia, esto me deshonra! ¡Pero, o poco puedo, o recabo mi crédito antes de marchar de Madrid! ¡Oh! ¡Soy Amaranta la Triunfadora! ¿Qué contesta usted?

Fortunato. Nada, señora... no contesto nada... no se me ocurre nada... No se me ocurre más que irme, convencido de mi inutilidad.

Amaranta. ¡Pues váyase en buena hora, señor! ¡Este jardín no es corral de gallinas!

Fortunato. ¿Eh?

Amaranta. Váyase, váyase. Yo, señor mío, no he rozado jamás con una bala ni un cabello de mis servidores. Con mi propia madre, ¡oiga esto! con mi propia madre he hecho cien veces la prueba de la cruz, que consiste en poner a la persona en cruz contra el tablero blanco, y dibujarle a balazos la silueta: y cuando se aparta y la ve el público es un clamor. ¡Pues esto he hecho yo con mi madre! ¿Piensa usted que haya otra vida que más me importe? Váyase ahora. Déjeme. Pero no vuelva nunca a invocar el nombre de sus hijos, para venir a esta cobarde fuga. Váyase.

Fortunato. ¡Mis hijos!... La calle espantosa otra vez... ¡Mis hijos! *A Amaranta, que hace ademán de abandonarlo.* Señora Amaranta...

Amaranta. ¿Qué?

Fortunato. *Con esfuerzo y angustia.* No se vaya, no... Óigame.. Esto para mí es una pesadilla tormentosa... Con decir que hasta de mis hijos me había olvidado... Yo he sido toda mi vida tímido... medroso... muy medroso... lo confieso sin mucho rubor... pero ahora sería el más cobarde de los hombres si me fuese de aquí... Aquí estoy... aquí me tiene a su devoción enteramente.

Amaranta. ¡Ah! ¡Bravo!

Fortunato. Aquí estoy... El esfuerzo que necesito hacer no creía yo que cupiese en mi pecho... ¡pero lo hago! *Se pone en cruz ante el tablero.* Aquí estoy... míreme ya en cruz... Dibuje mi figura con balas...

Amaranta. *Aprovechando la ocasión.* ¡Bravo! ¡Muy quieto!

Fortunato. *Sin voz apenas.* Quieto estoy... ¡Mis hijos tendrán pan!...

Amaranta. ¡Quieto! *Dispara, y se oye el balazo en el tablero. Fortunato da un grito y casi cae a tierra, como si las piernas le faltasen. Luego se palpa todo, buscándose la herida que él juraría que tiene. Amaranta y la doncella se llevan un susto regular.*

Fortunato. ¡Ay!

Amaranta. ¿Qué?

Inés. ¿Qué ha sido?

Amaranta. ¡Por Dios!

Fortunato. No... nada... nada... Parece que no es nada...

Amaranta. ¡Claro, señor!

Inés. ¡Jesús!

Fortunato. Nada... nada... El susto... nada más que el susto... ¡Es que nadie nace sabiendo!... ¡Pero ahora sí que soy dueño de mi voluntad! *Vuelve a ponerse en cruz con cierta arrogancia.* Dispare usted, señora Amaranta.

Amaranta. ¡Bravísimo! ¡Es usted un héroe!

Fortunato. No lo sabe usted bien. Humilde... oscuro... sin historia... ¡pero héroe!

Amaranta. ¡Quieto ya! Fortunato está inmóvil, en cruz, y mirando al cielo. ¡A una! Dispara y se oye otra vez el balazo.

Fortunato. ¡Tienen pan mis hijos! Amaranta tira de nuevo. ¡Mis hijos tienen pan!... Otro disparo. ¡Tienen pan mis hijos!... Cae el telón, mientras Amaranta sigue apuntándole.

FIN

Madrid, Noviembre, 1912.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Publicadas por la *Sociedad de Autores Españoles:*

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico lírico. Música del maestro Osuna. (3.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (3.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (4.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (5.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (7.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.ª edición.)
El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (3.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí. (2.ª edición.)
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (4.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.)
La azotea, comedia en un acto. (2.ª edición.)
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos. (3.ª edición.)
Los piropos, entremés. (2.ª edicion.)
El flechazo, entremés. (3.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.ª edición.)
Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.)
Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés. (2.ª edición.)
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (3.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros. (2.ª edición.)

La zagala, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia. (2.ª edición.)
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote.*
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés. (2.ª edición.)
Morritos, entremés.
Amor a oscuras, paso de comedia.
La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El genio alegre, comedia en tres actos. (2.ª edición.)
El niño prodigio, comedia en dos actos.
Nanita, nana..., entremés con música del maestro José Serrano.
La zancadilla, entremés.
La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.
La patria chica, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí. (2.ª edición.)
La vida que vuelve, comedia en dos actos.
A la luz de la luna, paso de comedia.
La escondida senda, comedia en dos actos.
El agua milagrosa, paso de comedia.
Las buñoleras, entremés.
Las de Caín, comedia en tres actos.
Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.
Sangre gorda, entremés.
Amores y amoríos, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
El patinillo, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.
Doña Clarines, comedia en dos actos.
El centenario, comedia en tres actos.
La muela del Rey Farfán, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.
Herida de muerte, paso de comedia.
El último capítulo, paso de comedia.
La rima eterna, comedia en dos actos, inspirada en una rima de Bécquer.
La flor de la vida, poema dramático en tres actos.
Solico en el mundo, entremés.
Palomilla, monólogo.
Rosa y Rosita, entremés.

El hombre que hace reír, monólogo.
Anita la Risueña, zarzuela cómica en dos actos. Música del maestro Amadeo Vives.
Puebla de las Mujeres, comedia en dos actos.
Malvaloca, drama en tres actos.
Sábado sin sol, entremés con música del maestro Francisco Bravo.
Las hazañas de Juanillo el de Molares, apropósito
Mundo, mundillo..., comedia en tres actos.
Fortunato, historia tragi-cómica en tres cuadros.

Publicadas por la *Biblioteca Renacimiento:*

Comedias escogidas:

I.—Los Galeotes.—El patio.—Las flores.
II.—La zagala.—Pepita Reyes.—El genio alegre.
III.—La dicha ajena.—El amor que pasa.—Las de Caín.
IV.—La musa loca.—El niño prodigio.—Amores y amoríos.
V y último.—La casa do García.—Doña Clarines.—El centenario.

En tomos sueltos:

La rima eterna, La flor de la vida, Puebla de las mujeres, Malvaloca, Mundo, mundillo... y Fortunato.

En preparación:

De la tierra baja, cuentos andaluces.
Las aventuras de Tartajilla (Apuntes de un maestro de escuela), novela para niños.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El Diablo Cojuelo.* Fernando Fe, Madrid.
Fiestas de amor y poesía, colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.

TRADUCCIONES

Al italiano:

I fastidi della celebrità *(La vida íntima)*, por Giulio de Medici.
Il patio (Il cortile sivigliano), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
I Galeoti *(Los Galeotes)*, por el mismo.
La pena, por el mismo.
I fiori *(Las flores)*, por el mismo.
La casa di García, por Luigi Motta.
L'amore che passa, por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Mattina di sole *(Mañana de sol)*, por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Amore al buio *(Amor a oscuras)*, por Luigi Motta.
Anima allegra *(El genio alegre)*, por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.
Al chiaro di luna *(A la luz de la luna)*, por Luigi Motta.
Le fatiche di Ercole *(Las de Caín)*, por Juan Fabré y Oliver.
Siora Chiareta *(Doña Clarines)*, por Giulio de Frenzi.
Il centenario, por Franco Liberati.
L'ultimo capitolo, por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Il fior della vita, por los mismos.
Malvaloca, por los mismos.
Ragnatele d'amore *(Puebla de las Mujeres)*, por Enrico Tedeschi.

Al alemán:

Ein Sommeridyll in Sevilla *(El patio)*, por el Dr. Max Brausewetter.
Die Blumen *(Las flores)*, por el mismo.
Das fremde Glück *(La dicha ajena)*, por J. Gustavo Rohde.
Die Liebe geht vorüber *(El amor que pasa)*, por el Dr. Max Brausewetter.
Ein sonniger Morgen *(Mañana de sol)*, por Mary V. Haken.
Lebenslust *(El genio alegre)*, por el Dr. Max Brausewetter.

Al francés:

Matinée de soleil *(Mañana de sol)*, por V. Borzia.
La fleur de la vie *(La flor de la vida)*, por Georges Lafond y Albert Boucheron.

Al holandés:

De bloem van het leven *(La flor de la vida)*, por N. Smidt Reineke.

RARE BOOK
COLLECTION



THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
v.17
no.1-12